



EL SUEÑO  
DIBUJO DE CARLOS RAYGADA

## La rehabilitación de la interpretación de los sueños

POR EL

DOCTOR HONORIO F. DELGADO

---

“Es verdad; pues reprimamos  
Esta fiera condición,  
Esta furia, esta ambición,  
Por si alguna vez soñamos;  
.....

Y la experiencia me enseña  
Que el hombre que vive, sueña  
Lo que es, hasta despertar.  
.....

Y en el mundo, en conclusión,  
Todos sueñan lo que son,  
Aunque ninguno lo entiende”.

CALDERÓN DE LA BARCA: *La vida es sueño*.

“Il est facile de dédaigner, il est moins aisé  
de comprendre; et pourtant, pour le sage  
véritable, il n'est pas un dédain qui ne finisse  
tôt ou tard par se changer en compréhension.”

MAETERLINCK: *La Sagesse et la Destinée*.

La mère donne à ses enfants un baiser  
d'amante sans le sevoir”.

ALFRED DE VIGNY: *Chatterton*.

Es tal vez imposible hallar en la historia de los pueblos uno en cuya mentalidad no haya tenido gran arraigo el concepto de que los sueños encarnan una significación de valor para el des-

tino de las personas o la realización de los acontecimientos. Más aún: el curso de la actividad de muchas razas ha sido orientado en gran parte por la interpretación de los sueños; ésta es, pues, responsable de no pocos grandes giros de la evolución de la humanidad. Mas precisa tener en cuenta que la opinión del mayor número no es digna de confianza, pues casi siempre es determinada más por las necesidades y supersticiones del alma inculta, que por lo que los hechos de la realidad implican. La actitud de espíritu que nace de esta convicción hostil a la creencia alimentada por el vulgo, explica, sin duda, el desprestigio en que ha caído en los tiempos modernos el estudio de los sueños, que otrora fuera la ocupación más elevada de sacerdotes, sabios y reyes. Los hombres de ciencia, en particular, sin descender al análisis de la idea popular y sin ocuparse seriamente en discriminar lo que en ella podía haber de fundado de aquello que es craso trampantojo, son los que con mayor eficacia han contribuido a descalificar la onirocricia como problema digno de atención. Pero no obstante el desdén y hasta la mofa que de esta cuestión han hecho objeto las llamadas gentes de progreso, la fe en el sentido de los sueños no ha sufrido mengua en la conciencia gregaria. Semejante tenacidad de esta creencia debía obedecer a que hay en ella algo que está en armonía con la verdad de los hechos, confirmados que, como se lee en "*Le Temple Enseveli*", "en todo error obstinado se oculta, por lo general, una excelente verdad que está aguardando la hora de su nacimiento." Y en efecto, en el caso de la onirocricia, llegó ya su hora.

Auspiciada por SIGMUND FREUD la idea cardinal de que los sueños no son un producto meramente incoherente, ésta ha sido reivindicada al control de la investigación científica. Ha tenido lugar, pues, la palingenesia de la onirocricia, con el agregado de su dignificación y depuración, ya que ahora juega el elevado papel de *via regia* en la técnica de la psiquiatría. Lo que ayer no más era considerado como vana superstición de la multitud ignara, sirve hoy como rigurosa disciplina que sólo puede dominar especialistas de atlética cultura psicológica.

Los descubrimientos de FREUD han puesto en claro los dos aspectos de la creencia vulgar, y, por ende, han explicado la razón de su persistencia y el porqué de su ostracismo en el dominio de la psicología. El sabio profesor de Viena ha cons-

tatado que los sueños son productos de la actividad del espíritu regidos por leyes; que desempeñan, por consiguiente, una función útil en la economía de la personalidad, y que son pasibles de una interpretación que, en cierto modo, podemos legítimamente llamar objetiva. En esta faz de la cuestión, la ciencia ha confirmado la conjetura secular; pero cuando se trata de saber concretamente qué es lo que ha revelado el análisis psicológico de los sueños, es entonces que los descubrimientos científicos no sólo no concuerdan con las ideas aprioristas, sino que les resultan antagónicos y acaso desilusionadores en demasía. Ha sucedido en esto lo que pasa con frecuencia en otros dominios del conocimiento humano: la ciencia, con su severidad irreverente, ha muerto un ídolo más, ha demostrado que los sueños, en rigor de verdad, no tienen nada de profético para lo externo; no gozan, como antes se imaginaba, del misterioso e improcedente poder de eludir las leyes de la naturaleza; en una palabra, no son, según FREUD, actividades prodigiosas. Sin embargo, es juicioso tomar *cum grano salis* este absolutísimo, ya que el propio FREUD acepta, desde hace poco, la existencia de sueños telepáticos. Por nuestra parte, hemos señalado—refiriéndonos a las nuevas aportaciones del maestro sobre este aspecto (véase mi libro *Sigmund Freud*, Lima, 1926).—dos casos que no ofrecen dudas en materia de transmisión telepática incorporada en el ensueño. Tal vez llegue también la hora en que los hechos nos obliguen a aceptar los sueños proféticos. Considerando metafísicamente el caso, no es imposible que tal suceda.

Ni el espacio ni el lugar nos permiten hacer una presentación completa de la onirocría científica—que, por lo demás, al mismo FREUD apenas le han bastado para conseguirlo varias publicaciones, no obstante que una de ellas, *Die Traumdeutung*, cuenta medio millar de páginas hemos de contentarnos, pues, con sólo presentar esquemáticamente los principales aspectos del magno descubrimiento, que—teniendo en cuenta su vinculación con los procesos psicopatológicos—es, indudablemente, el de mayor importancia en el momento actual de la historia de la Psicología. No creemos convencer a muchos, pues sólo quien por su propia industria hace la verificación de los principios que presiden al determinismo del proceso onírico, es capaz de to-

mar conciencia de su exactitud y de su valor; pretendemos, sí, suscitar el interés que estas cosas merecen.

Los conceptos fundamentales del análisis psicológico (de lo sueños, se relacionan harto directamente con el Psicoanálisis, método que, aunque no agota el objeto de la psicología, como algunos parecen entender, representa, indudablemente, lo que hay de más significativo y eficaz en la medicina mental y goza hoy de la popularidad anexa al período triunfante de las doctrinas científicas. Mas conviene prevenir al lector que, por la alta preparación intelectual y por la sólida honradez que reclama del médico—pues por su naturaleza misma excluye la farsa y la simulación del saber—, el psicoanálisis, que tampoco puede estar al alcance de todos los enfermos, es objeto de sañudas destracciones; bien se sabe cuán acostumbrados estamos, como dice GOETHE, a que los hombres hagan escarnio de lo que no comprenden, a que murmuren de lo bueno y de lo bello que a menudo les es difícil y pesado:

*“Wir sin gewohnt, dass die Menschen verhœhnen,  
Was sie nicht versteh’n,  
Dass sie vor dem Guten und Schœnen,  
Das ihnen oft beschwerlich ist, murren”.*

El psicoanálisis, por la investigación minuciosa de todos los elementos de la vida psíquica del individuo; por la exhumación de todos los secretos que yacen sepultados en las profundidades de su alma, en el reino del olvido; por la destrucción de aquellas resistencias que dividen la actividad afectiva y fomentan el silencioso conflicto interno entre las tendencias subconscientes, hijas de las multimilenarias necesidades puramente animales, y las vallas erigidas por la civilización, que se alzan en el dominio del yo consciente—el psicoanálisis, decíamos, haciendo la síntesis del contenido de la psiquis, logra dar armonía y eficiencia a la mentalidad del sujeto en que se practica, dotándole, así, de un carácter adaptado a las condiciones de la vida y poniéndole en las mejores de éstas para que pueda gozar de ella en la forma más elevada e integral, según la medida de sus dotes. Esto, en el caso de las personas normales que osan someterse a su técnica y, de otro lado, curando o, por lo menos, aliviando a las víctimas de aquellas enfermedades de la mente

que son tributarias de esta clase de cura, es decir, al gran grupo de desórdenes psíquicos que son expresión del conflicto de las fuerzas psicológicas, que tiene por causa inmediata las dificultades de la vida afectiva, regida por el principio del placer, y los problemas morales; desórdenes que motivan la infelicidad de tanta gente que se cree sana o se cree incurable, y de tanta gente que sin tratamiento oportuno termina por ser huésped de los manicomios.

Volvamos ahora a nuestro asunto, a la interpretación de los sueños, que, como hemos dicho, es uno de los procedimientos de la técnica psicoanalítica para el tratamiento de las neurosis y psicosis psicógenas o funcionales, es decir, no orgánicas en su origen inmediato.

Cuentan los biógrafos de CONFUCIO que, cuando el gran filósofo chino visitó la capital del Imperio, pasó mucho tiempo examinando minuciosamente las reliquias de las remotísimas culturas que ahí habían tenido su asiento—cuyo origen yace en el olvido—, y que en cierta ocasión, después de contemplar prolongadamente las imágenes mitológicas ya borrosas, pintadas en un muro, al ser interrogado acerca de los motivos de tan pacienzuda inquisición, explicó su conducta con estas palabras: “Así como usamos la lente para examinar las formas de las cosas, así debemos estudiar el pasado para comprender el presente.” Este mismo es el criterio que ha guiado a FREUD al proseguir sus investigaciones en el mundo de los sueños. ¡Un ensueño, por sí solo, es indescifrable; es un producto actual que para ser comprendido necesario es buscar su genealogía: el pasado de la vida del soñador es el contexto indispensable para sorprender la clave del inquietante criptograma que el sueño encarna.

El relato del ensueño, escrito inmediatamente después de despertar (antes de que se produzca la “elaboración secundaria” o sea el mayor enmascaramiento por continuación de la actividad censora de la conciencia), es desintegrado por el analista en sus elementos constitutivos, sirviéndose entonces de cada uno de estos como de un anzuelo para realizar, por asociación, la pesca del mayor número de ideas y recuerdos de lo más hondo de la personalidad, frutos de las experiencias, ideas y sentimientos del pasado, que en realidad son partes que integran formaciones subconscientes, verdaderos manantiales de las fuerzas psicológicas que gobiernan indirectamente la vida del sujeto.

Una vez que con todas las imágenes del sueño se ha agotado la pesca de elementos alines, espontáneamente asociados, entonces se hace de suyo la reconstitución del drama onírico, revelándose su *Leitmotiv*, pues con tal sonsaque se ha llevado a la luz de la conciencia lo que actuaba, por decirlo así, tras de bastidores.

La razón de la aparente incoherencia de los sueños radica en que no son productos mentales regidos por las mismas leyes que los de la actividad consciente; tienen otra lógica, diferente de la de la razón; la suya es una lógica irracional, esencialmente primitiva; su arcaísmo corresponde a la mentalidad afectiva, prelógica, de nuestros más salvajes antecesores. Durante los sueños tenemos un modo de pensar fundamentalmente anacrónico, pues no toda la psiquis del hombre ha evolucionado *pari passu* que el relativamente rápido progreso de la civilización; por la subconciencia pertenecemos al pasado muy lejano de la especie humana; su *modus faciendi* está reglado acaso con millones de años de retardo. El lenguaje de lo subconsciente, es, pues, nuestro lenguaje básico de fondo, *Grundsprache*, según la adecuada expresión de SCHREBER, que recientemente adopta FREUD.

Se puede, pues, sentar como ley que el lenguaje o modo de expresión de la subconciencia es esencialmente figurativo y emblemático; las imágenes y los símbolos son para ella lo que las palabras y los conceptos son para la inteligencia. Esto se ve claro en el siguiente ejemplo, que sacamos de nuestro libro de onirogramas:

I.—Antes de dormir, pensaba en una utopía de Hamerton, que había leído en el día: se trataba de la fundación de una escuela para el aprendizaje del latín, en una isla italiana, donde se reviviera el clásico idioma, ejercitándolo como habla exclusiva. Al pasar la atención hacia la mala suerte que correría el latín fuera de la isla, es decir, los malos cambios de la elocución de los jóvenes humanistas por la corrupción y acaso por el olvido de la lengua gloriosa al retornar a los colegios modernos—el curso del pensamiento consciente fué substituído y continuado por alucinaciones hipnagógicas que incorporaron las ideas correspondientes en la siguiente alegoría: de un surtidor saltan, centrifugas, flores de laurel, cada una de las cuales, al tocar el suelo, es atravesada por una grosera flecha de caña.

Este ejemplo nos indica solamente que el pasaje a la alucinación simbólica "constituye un fenómeno de fatiga y una re-

gresión de un modo de pensar difícil a otro de tipo más fácil y primitivo; denota un desplazamiento de la forma abstracta a la forma pictográfica del pensamiento" (SILBERER). Es una ilustración del *modus dicendi* de la subconciencia, mas no de la naturaleza del contenido interesado, reprimido, del símbolo. Este se manifiesta en la siguiente alucinación hipnagógica de un sujeto estudiado, la cual relatamos casi con sus propias palabras:

II.—Pensando en las palabras que mi abogado debía poner como introito a una solicitud, con la imagen verbal de la palabra *introito* en la mente, sobrevino el sueño y en él ví la escena siguiente: me llevo a una muchacha dándole disculpas por mi audacia, es decir, hago el *introito* a una aventura galante. El sitio donde se realiza esta escena es precisamente el mismo en que ví, hace dos años, a un conocido abrazando a una mujer en circunstancias en que yo estaba al frente, conversando con la que hoy es mi esposa. Esta visión fué tan rápida que no duró más tiempo que el necesario para pronunciar la palabra *introito*, pues estoy casi seguro de que desperté articulando la última sílaba de ella.

Aquí se ve ya claramente la vena hedonística del producto de la represión, aún sin descender al análisis: no sólo se hace gráfica la idea *introito*, sino que las imágenes que a tal fin concurren se relacionan directamente con la vida erótica del sujeto, que domina durante el sueño por ser éste regido por el principio del placer; es, pues, una regresión hacia el pasado deleitoso.

Los símbolos de la subconciencia tienen, generalmente, múltiples significados, que con el análisis se pone a descubierto: por eso se dice que son *superdeterminados*. Por ejemplo, el síntoma histérico o psicasténico, que es una simbolización de la subconciencia, lleva el sello de algo más que del último conflicto que le dió nacimiento; por medio de asociaciones espontáneas, se puede descubrir en él la encarnación de deseos de antigua fecha, de suerte que estas experiencias reprimidas han venido, en cierto modo, acumulando material para el síntoma, que, cuando se hace ostensible, resulta un producto sintético, rico en reminiscencias. En el sueño pasa cosa análoga: muchas de las imágenes oníricas son producto complicado de la condensación de varios elementos representativos de intenciones ocultas. A veces, en lugar de unificarse en un solo símbolo varias determinaciones subconscientes, sucede lo contrario: en varias imágenes o manifestaciones se expresa una sola determinación. A este proceso PFISTER le da el nombre de *disyección*.

La simbolización tiene frecuentemente por base la afirmación subconsciente de una semejanza interesada con algo ajeno al sujeto: en esto consiste el proceso de *identificación* o *introyección*, muy observado en las neurosis. El proceso contrario, no menos usual, es el de *proyección*; gracias a él, el individuo atribuye a otras personas caracteres y tendencias que en realidad no son sino caracteres y tendencias endopsíquicas, esto es, partes de su yo, que la censura no le permite ver directamente como cosa propia; este mecanismo da también la clave de la paranoia.

El mecanismo del proceso onírico se aclara al comprender que los huéspedes de la subconciencia son enemigos naturales de los de la conciencia, pues obedecen a móviles sexuales en pugna, naturalmente, con los principios sociales que priman en ésta. Pero como quiera que, por su misma antigüedad, los subconscientes tienen a su servicio buena parte de las energías de la psiquis, siempre logran expresar sus necesidades proclives. Ello tiene lugar de manera disimulada con imágenes que son un compromiso entre esas tendencias y la censura con que la conciencia trata de impedir su actualización. De este modo el drama aparente del sueño es como una mascarada: debajo de los disfraces hay otros personajes y otras intenciones que los ostensibles: esos motivos ocultos constituyen lo que se llama "contenido latente" del ensueño. Harto complejo es el *modus operandi* gracias al cual el contenido latente, el motivo real, se transforma en "contenido manifiesto" o actualización ficticia; hay que considerar en él, en primer lugar, la *representabilidad*, que significa la conversión de las tendencias e ideas ocultas en cuadros plásticos, en formas figuradas; después tenemos la *condensación*, o sea la unión o combinación de varias imágenes en una sola figura de múltiples valores, lo cual constituye el factor principal del carácter disparatado del ensueño; otro proceso es el *desplazamiento*, es decir, la desviación de la importancia de las imágenes, tomando brillo y entidad las que psicológicamente valen poco, a expensas de las que encarnan más genuinamente las intenciones de la subconciencia. En el fondo, tales procesos, aparentemente diversos, implican un solo objetivo y concuerdan en el modo de perseguirlo, constituyendo en su conjunto una forma de lenguaje alegórico: la *simbolización*, por último, lo encarna acabadamente. Todo el trabajo del sueño, por el que se trueca el contenido latente en substancia manifiesta,

que no es otra cosa que la figuración representativa y alusiva—siendo la simbolización su forma típica por la frecuencia y por la generalidad—, viene a ser, en síntesis, una combinación de imágenes condicionada por la interacción de las tendencias primarias y las fuerzas censoras.

Hemos dicho ya que la actividad subconsciente se orienta en forma definida hacia la consecución de determinado fin, que es lo que precisamente corresponde como fórmula general a los sueños, esto es, la realización de deseos o el acabamiento de impulsos, tendencias o posibilidades de diverso orden y origen. En el niño, el sueño es generalmente la realización literal de un hecho que en la vigilia no pasó de ser simple posibilidad lisonjera, del todo inocente, de suerte que ahí el hecho no tiene más importancia que ser el medio de conseguir, imaginativamente, un placer que no pudo verificarse en la acción efectiva: es el desquite o compensación alucinatoria de una incapacidad personal o de una limitación impuesta por el fenomenismo exterior. Las cosas se complican en el adulto, aunque el esquema psicológico del ensueño permanece el mismo. Entonces el deseo deja de ser inofensivo para la conciencia, de suerte que es rechazado por ella, lo cual determina la deformación de los factores escénicos que lo actualizan: por esto constituye la realización interlope de deseos reprimidos. Por otra parte, las fantasías, para aliviar los impulsos de la afectividad subconsciente, no necesitan ser razonablemente verosímiles, pues la esencia de la submentalidad no es concorde con el sentido de la realidad, sino exclusivamente acomodada al principio del placer.

Se objeta con frecuencia a este modo de comprender los sueños, que no puede explicar aquellos en que lo que se efectúa es no solamente extraño a todo deseo posible sino también opuesto, como sucede en las pesadillas. Tal aserto no tiene fundamento sino en apariencia: el análisis exhaustivo de sueños de esta índole confirma siempre el acabamiento del impulso o la realización del deseo. Nosotros hemos tenido ocasión de analizar uno que consistía en la verificación de algo que es precisamente lo que menos puede ser el desiderátum para un mortal no irremediabilmente desdichado. Se trataba, en el sueño, de la propia muerte del soñador, a causa de una hemorragia cerebral. La interpretación fácilmente nos demostró que el sujeto tomaba su muerte ilusoria como simple medio—en verdad muy insensato para la razón, como que era un medio de orden *sado-*

*masoquista*—de castigar con el remordimiento y la admiración a un enemigo que poco tiempo antes le había injuriado; satisfacía, asimismo, el deseo vanidoso de hacerse reconocer como hombre de actividad intelectual superior, pues se identificaba con un atleta del pensamiento, muerto por *hemorragia cerebral* pocos días antes; satisfacía todavía un tercer deseo, ligado al narcisismo, pues se comparaba con MARCO AURELIO—lo cual connota una exaltación de la propia belleza y grandeza moral—, repitiendo en el último trance su santo y seña postrero: *aequanimitas*.

Otro ejemplo ilustrativo de que sólo en apariencia puede ser el ensueño la realización de un acontecimiento no deseable, es el siguiente: Un joven enamorado sueña que al ir a casa de su “muchacha”, es mal tratado por la familia y sale desdeñado por la niña. Al análisis, se descubre que, en lo íntimo, desea romper sus relaciones amorosas con ella, pero sin quedar mal él; en otro lugar, donde pasa los veranos, tiene una amada digna de mayor aprecio sensual y sentimental. (Después de algunos años, nuestro soñador se ha casado con esta segunda dama).

El ensueño, que realiza la más útil función como protector del equilibrio psíquico, sirviendo de verdadera válvula de escape a las tendencias instintivas, desempeña al mismo tiempo el papel de “guardián del sueño”, de manera que para que uno pueda dormir, es preciso que sueñe. Alejandro DUMAS ya había intuído este hecho: “*Il n' y a qu' un sommeil sans réve, le fort sommeil, la mort*”. En efecto, parece positivo que la actividad cerebral no puede ser nula en ningún momento, y que cuando es mantenida por estímulos sensoriales, el estado de sueño no es posible: por consiguiente, la actividad mental, para dar lugar al descanso de las funciones de percepción, debe concentrarse en el mundo de las puras imágenes, que es el del sueño. Esto se ve claro en el siguiente relato:

III.—En víspera de despacharse correo para el extranjero, pensaba que no debería acostarme sin antes escribir una carta para París, en francés, y otra para Cambridge, en inglés; pero el sueño se apodera de mí protegido por esta ilusión hipnagógica: **dos damas, una hablando francés y la otra inglés, me llaman a la calle; yo estoy descansando en la tienda donde tantas veces, de joven, he visto salir a una muchacha que me gustaba**”.

Se puede argüir que los sueños mismos, las pesadillas, sobre todo, son causa de la interrupción del sueño; pero en realidad, aun en este caso, el sueño desempeña siempre la alta función de protección de la psiquis: la defensa contra el desplacer. FREUD explica muy ingeniosamente el hecho: en este caso, según él, "actúa como un sereno cuyo primer deber es reprimir los disturbios, tanto como es necesario, para no despertar a los ciudadanos; pero igualmente cumple de un modo muy apropiado su deber cuando despierta al vecindario en el caso de que las causas del disturbio le parezcan tan serias que lo imposibiliten para dominarlas por sí solo".

He aquí, a este respecto, el ensueño de un individuo normal:

IV.—Una noche oscura, el cielo negro, profundo, tenebroso, sin una estrella. Es un sitio medio campo, medio ciudad, o mejor, arrabal. Repentinamente, surge la luna, enorme, amarillenta y en forma achatada, casi ovoidal; su tonalidad amarillosa da la sensación de una bombilla eléctrica que por debilidad de la corriente no puede alumbrar. Las manchas lunares, grises, intensas. Me emociono sin causa aparente hasta llegar a un momento de máxima intensidad, pero ya por un motivo definido: en el centro mismo del disco lunar aparece una pequeña mancha rosada que, rápidamente, va intensificándose y creciendo hasta convertirse en un gran punto rojo sangre. La emoción aumenta..... De pronto la luna se transforma en una esfera de reloj luminoso, pero sin agujas, conservando su aspecto lunar achatado. La mancha roja, sigue intensificándose hasta tomar un color rojo retinto, semiamorotado, casi negro. Cuando llega al negro, los números de la esfera, que han conservado su rojo vivo inicial, van desapareciendo fragmentaria y bruscamente, la luna se raja como se rajaría la esfera de un reloj y se apaga inmediatamente. Al apagarse se siente una detonación formidable, pero lejana, en el espacio. La noche se hace más oscura y trágica. Temblor! Cataclismo horrible! Truenos horribles! La sensación es de "fin del mundo". En el máximo de espanto, dirijo la mirada al cielo oscuro y elevo fervorosamente mis súplicas: "Señor, Dios mío, ten piedad de mí! Perdóname, Señor, todo el mal que he hecho! Santísima Virgen María, no me desampares! Y otras plegarias angustiosas, pidiendo también "por todos los míos". Cuando el cataclismo llega a su crisis, yo despierto asustadísimo, el corazón violentamente agitado.

Vuelvo a dormirme—esta vez de costado, pues he atribuido a la posición de espaldas la pesadilla—e inmediatamente vuelvo a soñar con la luna; la noche es clara y apacible, la luna, esta vez en el cenit, está muy blanca y luminosa, perfectamente redonda y del tamaño que se la ve ordinariamente. De pronto, surge de nuevo la manchita

roja, en el centro mismo. Y ante la proximidad de un segundo cataclismo, hice por despertar, lográndolo, muy emocionado.

Vuelvo a dormirme y sueño entonces que estoy en la misma cama con dos de mis hermanas, una profundamente dormida y la otra ligeramente, tanto que se despierta al sentirme, sonriendo..... (Pollutio)..... Volví a dormirme y no tuve más ensueños.

El relato de esta pesadilla que presentamos, constituye una clara demostración de la función del ensueño como guardián del sueño. Tiende a realizarse el incesto, que la censura reprime. Se manifiesta, desconectada, la ansiedad correspondiente, pero frente a otras imágenes, en apariencia ajenas al incesto, racionalizando, justificando el horror hacia el mismo, horror que experimenta el sujeto antes de que haya motivo de alarma en el juego de las imágenes mismas, en sí. Cuando la aparición del motivo prótervo es inminente, el sujeto despierta: despertando se evita el desastre de la imposición de lo subconsciente. El ensueño tiene, pues, como ha dicho FREUD, y este onirograma lo patentiza, la misma función que el sereno que vela por la tranquilidad del vecindario, pero que, llenando aún sus funciones, tiene que despertarlo cuando hay un peligro mayor. En dos ocasiones sale triunfante la censura: en la tercera fracasa en parte, pues aparece el incesto, mas no con el *imago* de la madre misma, sino con un sustituto. Y aquí es oportuno puntualizar las asociaciones posteriores del soñador, que ha tenido, la tarde previa al ensueño, una cita amorosa, con una mujer casada, cita de obligado platonismo a causa del lugar en que se realiza y del cual ella se despide antes que él. Más tarde, cuando él se retira de la casa, a pie por un camino de campo, se detiene a contemplar la luna, que acaba de salir, gigantesca, y muy amarilla. Al referirse a este punto, el sujeto hace esta declaración. "Yo estaba muy contento". Conviene hacer notar el estado civil de la amiga del soñador, quien, en este aspecto, por parcial identificación de aquella con su madre, muestra así su tendencia incestuosa, que, no consumada con la vicariante, en sueños se actualiza con otro sustituto más afine al par que más prohibido. Se ve también claro el simbolismo de la luna—cuya contemplación tanto complaciera al sujeto al salir de su cita—, que representa a la madre, cosa bien establecida por SADGER en los sonámbulos y que nosotros hemos constatado en los sueños y en algunos mitos. Es de advertirse que el sujeto, en la época de este ensueño, desconocía el psicoanálisis.

Respecto a la censura, cabe preguntar por qué relaja su vigilancia durante el sueño. El hecho se debe, sin duda, a que las fuerzas psíquicas no pueden tener el *modus vivendi* de que disfrutan, si en parte no se permite a las inferiores alguna libertad para su ejercicio, y es innegable que el momento en que el individuo es incapaz de acción exterior, es el que más conviene a la censura para permitir a las tendencias reprimidas que se expresen, ya que entonces sus efectos tienen menos trascendencia.

El contenido profundo de los sueños, la sub-base, está, casi sin excepción, constituida por actividades de espíritu que se remontan a la infancia del soñador: el sueño es, pues, un retorno a la infancia, una regresión al período de la vida en que, por su genuina limitación, los deseos son satisfechos casi en totalidad; período en que el individuo, por eso mismo, alimenta el sentimiento de omnipotencia personal, ya que la inclinación hedonística de su alma no ha sido aún castigada por los desmentidos de la ruda realidad: en la noche, cuando descansa del yugo de los hechos exteriores, el espíritu se refugia en lo que es para él el paraíso perdido. Una breve reseña de las características de la mentalidad del niño y de su desarrollo, completará nuestra exposición:

El hecho de nacer encarna para el nuevo individuo un rudo golpe de la realidad inclemente; las impresiones del exterior y la vida misma hacen sentir necesidades de retorno al estado perdido al venir a la luz, cuya satisfacción por equivalente—acabadamente consumada en la primera dormida del bebé—es la fuente del goce elemental y primitivo de que es capaz quien se inicia en la existencia telúrica. Ahora bien, esta satisfacción de las necesidades primarias es condicionada generalmente por la madre, y como su repetición es frecuentísima, el niño llega a asociar las emociones de bienestar, de confort, de placer, con la persona que las condiciona, lo cual determina una adhesión afectiva consiguiente, que se marca profunda e indeleble en el alma del sujeto, por ser el primer surco en la tierra virgen de la inexperiencia, el fundamental *semeion* en la *tabula rasa* de la mente. Por otra parte, el padre interviene en la familia como control, como representante de la autoridad inapelable, como instrumento de adaptación de la mentalidad del niño a los rigores de la realidad del mundo material y de los imperativos del mundo moral. El padre impresiona al niño como la encarnación misma

de la ingrata disciplina, hostil al blando bienestar que condicionan los cuidados y caricias de la madre, despertando un sentimiento de rebeldía, atemperado y reprimido después por sentimientos contrarios de cariño, respeto y gratitud. Ese mismo sentimiento de rechazo respecto al poder del padre, hace nacer más tarde, en el espíritu infantil, un deseo compensatorio, de voluntad de dominio, a imagen y semejanza de la del padre, que no por substituido por afectos más nobles y socializados, deja de quedar en las profundidades como reliquia con vida latente. El sedimento que deja en la personalidad la experiencia de los primeros años, es como el paraíso perdido, al cual se ansía retornar eternamente, de manera especial e intensa en los momentos difíciles de la existencia, en que capitula la adaptación consciente de alta tensión, pues entonces, en la infancia, se vivía conforme al principio del goce, se estaba, gracias a los artificios de la familia, celosa cauteladora del confort del individuo incipiente, al abrigo de las injurias de las cosas y de los seres: los deseos todos se satisfacían gratamente a medida de su aparición o, por lo menos, con pequeño retardo.

Este romance familiar puede caracterizarse, respecto a la madre, como adhesión amorosa, sensual en su origen, que hace de ella primero un vehículo de placer y después un ídolo; respecto al padre, como repulsión—por momentos franca odiosidad—, tornándose más tarde su persona en ideal del sujeto, núcleo de la instancia suprema de su estructura mental: el “super-yo”. Estos factores afectivos de la personalidad incipiente son los que en psicoanálisis constituyen el *complejo* de Edipo, designación que se explica si nos damos cuenta de que la conciencia del adulto, imbuída de horror hacia ciertos instintos, asaz crítica, suspicaz y maliciosa, por efecto de la educación moral, rechaza los elementos de la personalidad inmadura que, en valores de esa mentalidad adulta, resultan de orden sexual y censurable; más claro: la conciencia del adulto, al enfocar los elementos afectivos de la infancia, en lo que respecta al contacto con las personas, los genitaliza y hace pecaminosos.

El contenido latente del cuarto de los ejemplos de ensueños que hemos presentado, evidencia con claridad uno de los factores de dicho complejo, el relativo a la madre; en los que siguen, se pone de manifiesto, en forma que no deja lugar a dudas, la contraparte, o sea la rivalidad con el padre y el co-

respondiente deseo de eliminación del mismo, aparte de otros aspectos importantes que comentaremos en su momento.

V.—Estoy en el comedor de la antigua casa de mis abuelos, la vieja casa de la calle de....., que abandonara mi familia hace como dieciocho años. Es de noche, después de comida, y yo estoy extrayendo las pepitas de una chirimoya que está algo descompuesta. Surge S., cuñada, en la actualidad, de una de mis hermanas, y me recomienda que realice mi labor mediante el auxilio del chorro de agua del baño, y así lo hago, más ya no es una chirimoya sino una canastilla lo que tengo que limpiar. En esto oigo rumores de alarma que parten del comedor (yo estoy en el cuarto de baño) y allá vuelvo, algo emocionado: me reciben con la noticia de que hay "penas"—observo que ya S. no está en el comedor—. Mi tía L. (muerta hace 5 años), me explica con visible impresión: "...la puerta de la sala estaba cerrada con llave y de pronto se ha abierto sola; no cabe duda que han entrado por ahí (las "penas"). Al terminar mi tía, llega mi abuelo (muerto hace dieciseis años) en ropa de dormir y muy impresionado. Entonces empieza la búsqueda y mi tía L. señala el sitio en que está surgiendo la visión. Yo reacciono y, recordando cierto sistema que alguien recomendara alguna vez, empiezo a pronunciar el nombre de Dios con fuerza y repetidamente, con el propósito de ahuyentar la visión, que ya siento cerca de mí. Pero es inútil: cada vez la voy sintiendo más. Entonces resuelvo, desesperadamente, cambiar de sistema y voy al extremo opuesto: gritar groserías para ahuyentar a las "penas". Y digo "C.....! C.....!", repetidas veces y dando miradas de inteligencia a mi abuelo y demás personas, haciéndoles comprender que es un gran sistema para acabar con las "penas". Pero también fracasa, pues a poco grita mi tía "Ahí está, ahí", señalando un sitio próximo a mí. Miro asustado a la izquierda y, en efecto, empieza a surgir una figura cubierta por una especie de robe de chambre listada. Yo me retiro un poco, mirando absorto la aparición, que resulta ser mi padre, es decir, un mi padre de muchos años antes de su muerte (murió hace siete), con algo de cierto retrato suyo que conservamos, sus bigotes largos y su gorra de marino. Aparece silencioso y mirándome algo sonriente, pero con una sonrisa macabra, indudablemente la sonrisa de un muerto. Tenía la cara inclinada, como caída, hacia la izquierda, y no se le veía ninguna parte del cuerpo, pues estaba totalmente cubierto por el batón listado. La emoción me despierta, pero he continuado el desarrollo del ensueño entre dormido y despierto, para recordar solamente el haberle increpado a mi padre que se hubiera presentado con esa forma tan anticuada de rostro.

El material de asociaciones libres del soñador es de sumo interés para la mejor comprensión de su ensueño. En su mayor parte, éste corresponde a realidades infantiles del sujeto,

reactualizadas al servicio de su complejo: el padre se presenta en condición de "aparecido", de "pena", es decir, de muerto, en un ambiente y en una época en que estaba muy lejos de morir, cuando el soñador tenía de cinco a seis años. Según recuerda éste, los rostros de las personas corresponden perfectamente a la época en que realiza el ensueño, "y también minuciosas distribuciones domésticas olvidadas en vigilia". La casa en referencia fué, durante largos años, centro predilecto de tales apariciones nocturnas, según ha oído referir el soñador a sus familiares, teniendo este ensueño cierta semejanza con alguno de aquellos relatos, que tanto le impresionaran de niña, aquel en que, al sentir las "penas", *su abuelo se levantó en ropa de dormir a ver lo que pasaba*, etc. Pocos días después del ensueño, el sujeto ha encontrado en su casa un retrato de su padre correspondiente a la época de la aparición, es decir, con sus bigotes largos y su gorra de marino. Más adelante, ha vuelto a tener un hallazgo de la misma especie: una fotografía de su familia en la casa del ensueño, correspondiendo los rostros de las personas retratadas a los que viera en el mismo. En resumen, queda, pues, patente el rechazo del *imago* paterno, y la técnica empleada corresponde precisamente al poder mágico de las palabras, propio de la infancia del hombre y de la humanidad. La anacrónica participación de S. (la hoy cuñada de su hermana) al inicio del ensueño, completa el cuadro edípico, pues ésta simboliza a la madre, toda vez que los demás elementos oníricos puestos en juego entre ella y el soñador—fruta (*fertilitas*), canasta (*locus fetalis*), caño de agua (*ejaculatio*), cuarto de baño, etc.—concurren al intento de realización del incesto, que no se efectúa por la traumatizante aparición del *imago* rival, que, como se ha visto, es francamente rechazado, incluso al final, cuando le increpa el haberse presentado con esa forma tan anticuada de rostro.

Es asimismo digna de atención la manera curiosa como la conciencia patentiza el rechazo del incesto al simbolizar con la cuñada de su hermana el *imago* materno, pues, en la vida real, la dicha cuñada, por su nada apetecible aspecto físico, produce en el soñador, según propia declaración, verdadero desagrado, es decir, la negación del placer erótico.

El mismo soñador presenta otros onirogramas de igual carácter, pero su consignación aquí alargaría demasiado este trabajo. Sólo diremos, en síntesis, que su complejo va evolucionando.

mando a medida que el sujeto va adquiriendo conocimientos psicoanalíticos bastantes a suavizar, socializándolas, sus relaciones entre lo consciente y lo subconsciente. Así, en otro ensueño en el que el contenido manifiesto es un segundo cataclismo celeste, no se emociona tanto como en el anterior, es decir, que no teme ya el incesto como lo temiera la primera vez; en otras palabras, habiendo amenguado, gracias a la autognosis, la tensión de fuerzas psíquicas entre lo consciente y lo subconsciente, la irrupción en la experiencia psíquica actual de complejos reprimidos no reviste los caracteres angustiosos del ensueño anterior, lo que evidencia, en este caso, el significado del conocimiento de la verdadera esencia de la motivación onírica. Es oportuno consignar que esta tendencia del sujeto a simbolizar con cataclismos celestes su dicho complejo, tiene antecedentes históricos, entre otros, que de niño, su madre solía hacerle explicaciones instructivas sobre astronomía, llegando en cierta ocasión a obsequiarle un tratado con numerosas ilustraciones, que el niño miraba siempre con singular delectación. Por último, cuando el sujeto está ya bastante orientado en onirismo y conoce, por lo tanto, a fondo su complejo, tiene un ensueño cuya ambivalencia demuestra de modo asaz claro una nueva fase de la lucha entre la tendencia subconsciente y la represión: ya no rechaza, en el ensueño, a su padre, sino que, por el contrario al encontrarlo en un lugar público, tiene deseos de abrazarlo para manifestarle así el placer que experimenta al verlo "después de muerto", es decir, resucitado (había muerto en realidad), más el padre se aleja, a pesar de las súplicas del hijo, que indignado ante tal actitud tan poco paternal, saca un revólver y ¡le pega un tiro!—modo bastante crudo de racionalizar los prístinos fundamentos del impulso parricida, que nos deja ver claramente la ambivalencia de los fenómenos afectivos, amor y odio, hacia el padre: el amor, manifiesto en la satisfacción de verle de nuevo en vida, y el odio, justificado por el motivo banal de su inatención a la llamada clamorosa y el subsiguiente asesinato.

Empero, la regresión al pasado no es el único incentivo del ensueño; con frecuencia, al mismo tiempo que satisface un deseo de raigambre hedonístico-infantil, el soñador realiza uno de motivación reciente; los sueños pueden tener, pues, simultáneamente, varias determinaciones. Hay más: tienen también una función de adaptación actual—concepto que nuestra experiencia personal confirma ampliamente—; la actividad sub-

consciente no sólo es instrumento del pasado sino que intenta también la solución de los problemas vitales que plantea la situación presente del sujeto, a veces de manera tan clara que resulta fuente de inspiración para la conducta consciente. Nuestro amigo el Dr. VALDIZÁN, nos hace notar que la sabiduría popular no ignora esta función del ensueño, como lo acredita el dicho aquel de "lo consultaré con la almohada", que las gentes usan para significar que determinarán la solución de un asunto pendiente después de dormir, esperando sólo del ensueño una inspiración feliz, en particular cuando se hallan en la impotencia de encontrarla por la reflexión.

Al lado de la propensión regresiva, sin inhibirla, se presenta la actitud progresiva, diseñando las líneas posibles del desenvolvimiento moral de la personalidad. Los símbolos pueden tener, pues, múltiples interpretaciones, ser a la vez medio de satisfacciones regresivas, medio de compensación de dificultades actuales o medio de preparación prospectiva. Este último fin requiere una interpretación especial, el simbolismo que lo expresa es "funcional", *anagógico*, es decir, que los elementos del sueño, imágenes de personas y objetos, y su secuencia, representan las tendencias subjetivas, las fuerzas endopsíquicas, en una palabra, se trata de representación autosimbólica. Según esto, la interpretación conforme a la realización del deseo, es sólo la primera fase del análisis psicológico, etapa de comprensión retrospectiva y genética, en conformidad con el principio del placer, y la interpretación funcional o de autorepresentación, es la última etapa de la tarea analítica, la que da los medios preparados para la adaptación del sujeto a la vida, conforme al principio de la realidad.

Las dos funciones hijas de las determinaciones de la subconciencia, que tienen la apariencia de antinómicas, "son—según la bella imagen usada por MAEDER—comparables a dos voces que, más o menos armoniosamente, entonan el canto de la vida". Toca al médico psicólogo aprender a oír estas voces, ya que hoy por hoy la técnica psicológica no solamente le habilita para curar a los enfermos del espíritu, si que también para asistir a los sanos en la difícil y necesaria tarea de conocerse a sí mismos y para orientarlos en el aprendizaje de regular su vida íntima, explotando sus posibilidades de expansión y de ennoblecimiento.

Un onirograma concreto y su correspondiente interpretación gracias a las asociaciones libres, aclararán más los conceptos anteriores relativos a la doble función del ensueño, que revela de dónde viene su contenido y hacia dónde van las directivas del alma. El ejemplo que escojo pertenece a una niña, víctima de seria neurosis compulsiva:

VI.—Un barquito con dos luces se mueve rápidamente de un lado a otro en el mar. Al principio aparece como un vapor de pasajeros, pero después se ve que no es sino un bote bastante ancho, casi tanto como largo. Mi hermana N. de N., con dos mujeres más, se lanza al mar para cogerlo. Llegan a penetrar en él, pero comienza a hundirse. Contenía una gran peña, que las tres mujeres, en un esfuerzo extraordinario, logran botar afuera. A pesar de eso, el bote se hunde y perecen ellas. Voy con no sé quién—me parece un caballero alto—al sitio del naufragio, próximo a la costa. Encuentro que no es posible salvarlas, pues en ese lugar el agua se ha convertido en arena.... Me encuentro ahora en un banquete con N., el esposo de mi hermana; lloro, como él, por la muerte (lágrimas de cocodrilo). Estamos juntos durante todo el banquete....

El espacio no permite reproducir el cúmulo de asociaciones ni siquiera todos los aspectos de la interpretación. Se consigna en seguida los elementos más característicos: N. de N., había visitado el día anterior a su hermana—la soñadora—y habíale hablado de sus esperanzas y temores respecto su parto próximo, muy próximo. Antes de vivir con sus tíos, en su adolescencia, huérfana, la soñadora vivió en casa de los esposos N. De chica envidiaba a su hermana, pues la parecía mejor que ella y era más halagada. Muchas veces, entonces, pensaba, a pesar suyo, en su cuñado, como si fuera su esposo. Mucho antes de eso, cuando él todavía no pretendía a la hermana, ya soñaba la sujeto con él como su futuro novio, pues habíanse conocido desde la niñez. Cuando, ya casado con su hermana, vivían juntos, se le presentaba (salvo cuando la fantasía se desbordaba en lo prohibido) como cabeza de la familia, como el sustituto del padre, muerto varios años antes.

Las tendencias regresivas que se manifiestan en este sueño son bien claras. La una se remonta a la adolescencia, que responde a la satisfacción de un deseo de esa época: el matrimonio con N., que se hace posible ilusoriamente por la muerte de la hermana (deseo inconsciente, reprimido, de eliminar a la rival), después de la cual tiene lugar la fiesta que une a la soñadora

con su héroe de otro tiempo. La segunda tendencia regresiva va más atrás y es más velada: corresponde al deseo de unión afectuosa con el padre muerto, el ser más amado en la infancia.

En este sueño, la manifestación progresiva, el trabajo preparatorio de adaptación a la realidad, o sea la función previsora de la solución del problema vital del momento presente—complemento del aspecto retrospectivo que se ha indicado en el acápite anterior—, apareció clara al análisis: el naufragio de N. de N. y su sepultación en arena, representan, en el plano anagógico o de autosimbolismo (en el cual los personajes del sueño no tienen significado genético exterior sino el de partes o tendencias del yo), la aniquilación de los sentimientos subconscientes (submarinos) de rivalidad con la hermana. El cuñado, que simbólicamente encarna el sentimiento libidinoso que une a la soñadora con él, al parecer tranquila en el banquete, indica la socialización, la convencionalización, la sublimación de la adherencia de la niña a él. La expansión sintética de la tarea vital actual indica, pues, la actitud de dejar descansar los celos con la hermana en la devoradora arena del tiempo, y convertir los fondos amorosos de la adhesión al cuñado en el cariño lícito de la hermana *política*.

Vemos en este ejemplo, cómo el material onírico procede de humilde y prohibido origen, satisfaciendo, con más o menos disimulo, el correspondiente deseo, y cómo tiende el espíritu, con ese mismo material, a resolver, de la manera más adecuada, el problema moral involucrado.

El análisis de los sueños, avanzando, nos muestra cómo se opera, al mismo tiempo que el proceso de la autognosis—conocimiento íntimo de la propia personalidad—, una evolución sublimadora de las tendencias, desexualizando el demoníaco “ello” —lo impersonal y creador de nuestra vida psíquica—y poniendo su substancia y sus potencias al servicio de los ideales del superyo—instancia moral suprema—. Por eso, en individuos bien dotados, el psicoanálisis puede servir, mejor que ninguna otra técnica anímica, para lograr el plano más alto de libertad, la más acabada comprensión del “yo” ajeno, la máxima agudeza y plenitud de sentido cósmico. Y algún día ha de constituir necesario preámbulo a toda alta cultura propiamente tal—al mismo tiempo crítica, constructiva y orgánica, extensa y profunda, metafísica y vital, en armonía con la naturaleza y leal con el espí-

ritu—: magno señorío accesible sólo a personalidades alquitarradas.

Está, pues, muy lejos de ser legítima la aserción, tantas veces repetida, de que el psicoanálisis, creando una fe ciega en las determinaciones de lo inconsciente, o del "ello", nos hace siervos de nuestra fatalidad instintiva. Ningún psicoanalista sensato podrá discrepar en este punto de la opinión que CALDERÓN DE LA BARCA, maestro en psicognosia, pone en boca del rey Basilio, en *La Vida es Sueño*.

"Que a quien le daña el saber, homicida es de sí mismo!

.....

.....ver cuanto yerro ha sido

Dar crédito fácilmente a los sucesos previstos;

Pues aunque su inclinación le dicte sus precipicios,

Quizá no le vencerán; porque el hado más esquivo,

La inclinación más violenta, el planeta más impío,

Sólo el albedrío inclinan, no fuerzan el albedrío".

---